

América, pues, presente siempre en el corazón y en los versos de su poeta. Y América, unida, contemplada en la unidad esencial que sus diversos países integran y constituyen. Sólo bajo este prisma y en este sentido pueden considerarse y entenderse los cantos y elogios que Rubén dedica a Bolívar ya en 1883, lo que dice en el poema «A Víctor Hugo» y el contenido del que dedica «A Juan Montalvo», en el que habla concretamente de «la patria común americana—que con vínculos fuertes une el Ande». América, en definitiva, preocupación de Rubén Darío:

*El cívico esplendor no te fascine,
ni el halago que en premio de vilezas,
potentado insolente, haya de darte;
si es preciso que sufras y mendigues
un pan para comer, vete a las plazas,
y prefiere la vianda de limosna
al oro con que infames mercaderes
tu honor quieran comprar. Torvo y huraño
antes que adulator. La cortesana
genuflexión que tu espinazo encorve
hará que el polvo vil tu noble frente
manche humillada; llévala bien limpia,
iluminada por el brillo augusto
de la aurora inmortal de la pureza.
Siempre altanero sé; nunca orgulloso,
con ese orgullo de soberbia loca;
ten esa majestad y altanería
que bien cuadra al varón justo y severo.*

¿Por qué no aplicar a América, en el pensamiento rubendariano, estos versos del poema «Erasmus a Publio?» Si no fueron escritos pensando en América, a América pueden serle aplicados porque le van como anillo al dedo y hoy más que nunca. Demuestran la preocupación por el futuro, y ya es sabido que esto, precisamente, el porvenir, era América. Recordemos, si no, el poema «El porvenir» y las palabras que éste dice dialogando con el pasado y el presente:

*Y América..., ¡oh Dios mío!,
si el viejo mundo, ya maduro y cano,
gozará del fulgor de mi cariño,
donde alzaré mi trono soberano
será en el mundo niño.
¡Salve, América hermosa! El sol te besa;
del arte la potencia te sublima;
el porvenir te cumple su promesa,
te circunda la luz y Dios te mimas.*

*En ti he sembrado la semilla santa
de los principios grandes,
y mi bandera altiva se levanta
sobre la cima augusta de los Andes.*

.....
*Y luego la República, que inflama
con su magia divina,
levantará su voz y su oriflama
del Chimborazo, que, altanero, brama
a la Pampa argentina
y al gigantesco y rudo Tequendama,
al sonar la trompeta de la Fama
en loor de la América latina.*

Y el Señor, al ver todo esto, exclamó: «¡América es el porvenir del mundo!».

Visión juvenil, sin duda, ésta del sonrosado porvenir americano. Sólo siete años después, cuando se cumplían cuatrocientos desde el Descubrimiento, Rubén Darío decía a Colón:

*¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,
tu india virgen y hermosa, de sangre cálida;
la perla de tus sueños, es una histérica
de convulsivos nervios y frente pálida.*

*Un desastroso espíritu posee tu tierra:
donde la tribu unida blandió sus mazas,
hoy se enciende entre hermanos perpetua guerra
se hieren y destrozan las mismas razas.*

Los ídolos de piedra se habían reemplazado por otros de carne; florecían sangre y ceniza en los campos fraternos; por doquier, ambiciones desbordadas y libertades deshechas, perfidias, deslealtades, «encanalladas revoluciones», «duelos, espantos, guerras, fiebre constante», donde antes florecía la lealtad y la franqueza de los indios, la unión de la fuerza heroica castellana con la fuerza indígena. ¿Procedían los males de la llegada de los españoles? En cualquier caso, para el resultado obtenido,

*¡Pluguiera a Dios las aguas antes intactas
no reflejaran nunca las blancas velas,
ni vieran las estrellas estupefactas
arribar a la orilla tus carabelas!*

Estas ideas perduran en Rubén, pues el poema está incorporado a *El canto errante*, publicado en 1907. Pero es, precisamente, en esa fecha crucial, en 1892, cuando el poeta viene por primera vez a España. Dos

años antes, al acabar la segunda edición de *Azul...* (Guatemala, 1890), el último verso del último poema—todo escrito en francés—dice: «Maintenant, je vois l'aube! L'aube cest l'espérance...». El alba tenía ya, en este caso, un nombre: España.

La españolidad de Rubén Darío; mejor dicho, su hispanidad básica, radical, está también fuera de dudas. De nuevo renuncio voluntariamente al recuento exhaustivo de testimonios, aunque no pueda prescindir de algunos, entre ellos el del simpár don Antonio Machado. Interesa más, indudablemente, la propia obra rubendariana, y si cada cual es hijo de sus obras, la hispanofiliación rubendariana está bien clara desde los mismos comienzos de su canto. Recordaré, sin embargo—porque el argumento de autoridad no está, pese a todo, absolutamente desprestigiado—, los versos del venezolano Rufino Blanco-Fombona:

*Mirad cómo un hombre de raza apolínea,
ebrio de canto y sol,
recoge la ofrenda fragante y virgínea
del viejo solar español;
del viejo solar donde el árbol de vida
reverdece a futuros de amor.*

El maestro Antonio Machado, por su parte, escribió:

*Que en esta lengua madre tu clara historia quede.
Corazones de todas las Españas, llorad.*

El poeta colombiano Eduardo Carrasquilla-Mallarino afirma, a su vez, que los signos cardinales de Rubén Darío consistieron en «la orientación ilustre de una raza». Tomás Morales, en su poema «A Rubén Darío en su última peregrinación», abunda en la idea de la hispanidad rubendariana y llama al poeta «arca del sacro pensamiento latino» y dice que su índice iluminado señaló un camino a los hombres hispanicos. Es el mismo concepto que Rafael López expresa en su poema «A Salvador Díaz Mirón», donde llama a Rubén «el último Rey de las Dos Españas». Y porque no falte un testimonio poético francés, pues en lengua francesa escribió también alguna vez Darío, cerraré esta breve nómina testifical con los versos de Charles de Soussens en su poema «Sous l'Arce de Triomphe»:

*De ton cœur a surgi le «Renaître» español;
mais, chargé de lauriers, ton front est d'Amérique.*

Pero es la propia obra poética rubendariana el mejor testimonio de la hispanofiliación del maestro. Por de pronto, desde 1881 escribe Ru-

bén Darío poemas dedicados a temas españoles. De esa fecha son, en efecto, «Bajo el retrato de Espronceda», el «Centenario de Calderón» y «En la última página de "El romancero del Cid"». De octubre de 1882 es el poema «La poesía castellana», dedicado a Joaquín Méndez, donde su autor hace una especie de breve historia de la poesía en castellano desde Alfonso X el Sabio hasta Campoamor, con inclusión de los poetas del nuevo mundo, entre quienes cita a la Avellaneda, Mármol, Arboleda, Bello, Olmedo, Heredia, Caro, Palma y Marroquín. En el poema titulado «Manuel Reina», de 1884, cita, a su vez, con brevísimas valoraciones, a Núñez de Arce, Zorrilla, Campoamor, Echegaray, Manuel del Palacio y, naturalmente, al destinatario del poema. Tras recoger el dedicado «A Emilio Ferrari», incluido en el libro *Epístolas y poemas (primeras notas)*, viene el «Pórtico», con que prologa el libro *En tropel*, de Salvador Rueda, poema recogido después en *Prosas profanas...*, en cuyas páginas abundan los temas españoles: «Elogio de la seguidilla», «Cosas del Cid», «Al Maestre Gonzalo de Berceo». Después, a partir de *Cantos de vida y esperanza, los cisnes y otros poemas*, aparecido en Madrid en 1905, Rubén publica todos sus libros en la capital de España: *El canto errante*, en 1907; *Poema del otoño y otros poemas*, en 1910, y *Canto a la Argentina y otros poemas*, en 1914. De *Cantos de vida y esperanza...* son los tres sonetos de «Trébol»: uno de Góngora a Velázquez, otro de éste a Góngora y otro final, que podrían considerarse el antecedente del homenaje dedicado al poeta cordobés por los de la generación de 1927. Asimismo, a ese libro pertenecen los poemas «Un soneto a Cervantes», «A Goya», «Soneto autumnal al marqués de Bradomín», «Letanías de nuestro señor Don Quijote», y los dedicados a los Machado, a Vargas Vila, a Mariano de Cavia...

Son muchísimos, en fin, los temas españoles en Rubén Darío, y no es posible ni tampoco interesante hacer aquí su relación completa. Es curioso recordar, sin embargo, el poema titulado «Chapelgorri», dedicado a la boina, ese «maravilloso champiñón decorativo» que le hace sentirse un poco vasco al poeta cuando se lo pone. Y también debe recogerse el «Brindis a Rusiñol»:

*Gloria al buen catalán que hizo a la luz sumisa
—jardínero de ideas, jardínero de sol—,
¡y al pincel, y a la pluma, y a la barba y la risa
con que nos hace alegre la vida Rusiñol!*

y los cantos a los olivos de Mallorca, en el poema dedicado en Vall-demosa a Juan Sureda, y las «Estrofas de Mallorca», y los versos escritos en Barcelona, en 1914, a «La Victoria de Samotracia».

Pero por encima de todo y en la unidad de las tierras de España, Rubén Darío es y se siente español y, más amplia y universalmente, hispánico:

*Yo siempre fui, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.*

*Con la España que acaba y la que empieza,
canto y auguro, profetizo y creo,
pues Hércules allí fue como Orfeo.
Ser español es timbre de nobleza.*

*Y español soy por la lengua divina,
por voluntad de mi sentir vibrante,
alma de rosa en corazón de encina;
quiero ser quien anuncia y adivina,
que viene de la pampa y la montaña:
eco de raza, aliento que culmina,
con dos pueblos que dicen: «¡Viva España!»
y «¡Viva la República Argentina!»*

Ello no impide, como es claro, que en su adolescencia, a los catorce años de edad exactamente, la presencia de España como poder político —aunque tan relativo ya— en las Antillas encendiera la pasión americanista e independizadora del maestro nicaragüense, quien escribió estos versos en el poema dedicado al Ateneo de León:

*Es que Cuba lleva espinas
en la sien que le maltratan
que sus libertades matan,
sus libertades divinas;
es que las ondas marinas,
al consolar sus dolores,
le murmuran entre amores,
con su callada armonía,
que habrá de llegar un día
en que caerán sus señores...*

Faltaban siete años para que España, obligada por su derrota ante Estados Unidos, abandonase Cuba, y Rubén escribiera, como veremos, su célebre soneto de 1898. Pero ya en 1888-1889, Darío dedica «A España, Madre Patria», «El salmo de la pluma», donde dice que la majestad española no es la de la «pujante y audaz locomotora» ni la de «la gran fábrica» ni la del «metal regio» o el «afinado escoplo», sino «la que da la idea», la del

*trueno bíblico, la del fiat que crea,
la de la eterna luz;
la que levanta el alma y el corazón alienta,
la que Arihmán rechaza y en el abismo avienta,
y hace triunfar a Ormuz.*

Poco después, en 1892, el maestro escribe la «Canción de España» y el breve poema «Mensajero sublime» sobre Cristóbal Colón. Es el momento del primer viaje a España del poeta, viaje que influirá de modo tan decisivo en su vida. Como ha escrito Arturo Torres Riosco, «es difícil calcular hasta qué punto influye en la vida y en la obra de Darío este viaje a España, pero sí podemos afirmar que para él fue su camino de Damasco». Para entonces, ya publicado *Azul...*, el nombre del poeta había surgido vigorosamente y ya tenía sonoridad continental. A Rubén Darío se le podían aplicar ya sus propios versos de «El coloquio de los centauros»:

*Los confines
del mar llenó el grandioso clamor; el universo
sintió que un nombre armónico, sonoro como un verso,
llenaba el hondo hueco de la altura: ese nombre
hizo gemir la tierra de amor...*

Nueve años después, en 1897, el ya universal maestro lírico escribe la «Despedida de María Guerrero al público de Buenos Aires», donde afirma que lo español, concretamente en este caso, el teatro español, es también de la Argentina,

*Y fuera en vosotros mengua
que desdeñarais un día,
con vuestra propia hidalguía,
vuestra raza y vuestra lengua.
Mas no; lleno de frescor,
libre, bajo el cielo brilla
el árbol cuya semilla
plantara el Conquistador.*

Pero es el desastre del 98, con la guerra hispano-estadounidense y la pérdida por España de sus provincias antillanas y filipinas lo que desata totalmente el genio hispánico de Darío, como lo desatara en otras figuras preclaras de la inteligencia y de la política. En el caso rubendariano, ese desbordamiento hispánico se llama «España» y adopta la forma de soneto:

*Dejad que siga y bogue la galera
bajo la tempestad, sobre la ola;
va con rumbo a una Atlántida española,
en donde el porvenir calla y espera.*